

ADVERTENCIA

IMPRESA AL FRENTE DE LA EDICION DE VALLADOLID (1797).

Cuando di á luz, en el año de 1785, el primer tomo de esta coleccion de poesias, y anuncié el segundo como preparado para la prensa y próximo á publicarse, estaba bien léjos de pensar ni en la favorable acogida que deberian á la nacion mis primeros bosquejos, ni en las dilaciones que sufriria la edicion de mis demas obritas. Cediendo entónces al precepto imperioso de la amistad y á la voz de mi ilustre amigo el señor don Gaspar de Jovellanos, al cual, y al malogrado coronel don José Cadalso, reconozco deber mi aficion á las buenas letras, y el gusto que en ellas he adquirido, si tengo alguno, no pensé en otra cosa que en complacerle; estimando en nada la grande repugnancia que sentia en presentarme al público como autor y poeta.

Es cierto que desde mis más tiernos años el acaso, mi sensibilidad, la leccion de los buenos modelos, y qué sé yo si me atreva á decirlo, una inclinacion irresistible, me habian familiarizado con las Musas, haciéndome sentir su comercio encantador los más dulces consuelos ó alegrías en los dias de amargura y contento que alternan siempre en nuestra frágil existencia y llenan el círculo estrecho de la vida; que entónces, ó llorando con ellas, ó riendo con sus alegres ficciones, solia tomar la pluma y abandonarme á las impresiones que sentia y á las efusiones de mi corazón; y que de estos deliciosos pasatiempos habia resultado una coleccion de poesias, superior á lo que al escribir cada una pudiera yo pensar. Pero, obra todas ellas de un momento, efecto de circunstancias que pasaron con él, sin plan ni correccion, y sin otro objeto que el de distraerme en mis quebrantos ó aliviarme en la austeridad de mis estudios académicos, estaban muy léjos de aquella perfeccion á que es acreedor el público en cuanto se le ofrece, singularmente en las obras de agrado y pasatiempo. La mediania en ellas es ya un defecto, y si no las realzan tales hermosuras que embelesan al lector, y le lleven como mágicamente al pais de la ficcion y el engaño, caen bien presto en el olvido y la oscuridad, de que no debieron salir por honor de sus autores.

Pero el público vió, por fortuna, las mias con ojos indulgentes, aunque tal vez al principio zaheridas de algunos, áun no desengañados del mal gusto y la hinchazon que en el siglo pasado corrompió nuestra poesia, apartándola de las sencillas gracias con que la ataviáran en el anterior el tierno Garcilaso, el sublime Herrera, el delicado Luis de Leon y otros pocos ingenios que conocieron sus verdaderas bellezas; sin embargo, mis obrillas han corrido con aplauso en manos de todos, han sido buscadas no sin ahínco, y áun ¿me atreveré á decirlo? han ayudado acaso á formar el gusto de la juventud y hacerle amar la sencillez y la verdad, pues he visto, no en una sola coleccion de poesias impresas despues, adoptado mi lenguaje y várias imitaciones mias, sin que esto sea defraudar en lo más leve su verdadero mérito, ni acusar de plagio á sus autores.

Pudiera añadir que me he hallado, sin saber de dónde, con muchas cartas reconviéndome por mi tardanza, y exhortándome á que cumpliese al público mi palabra y acabase de darle lo que le tenia prometido. En suma, aunque parezca vanidad de autor, sé tambien que se han traducido en otras lenguas várias composiciones de mi primera coleccion, y que los diarios extranjeros han hablado de ella con aprecio.

Todo esto debería haberme animado á continuar con más actividad en mis trabajos, imprimiendo mi segundo tomo, que de otro género más noble y elevado pudiera honrarme más á los ojos de todos que los juegos agradables del primero. Pero varios sucesos domésticos, que no pude entónces prever, y que al cabo, sin saber cómo, me han entrado en la ilustre y austera carrera de la magistratura, me han estorbado hasta ahora para poderlo ejecutar. Confieso tambien que no han tenido en ello poca parte mi natural desconfianza y la severidad de mi nuevo ministerio. Yo me he dicho más de una vez, luchando entre el deseo y el temor: ¿Cómo presentarse en el público un magistrado reimprimiendo los pasatiempos de su niñez, y publicando nuevos versos, que, aunque llenos de las verdades más importantes de la moral y filosofia, siempre al cabo lo son? Veia á la censura y á la malignidad desatadas contra mí, haciéndome cargo de una distraccion inocente, que jamas le ha robado ni un instante á las graves tareas de mi profesion, ni á la severidad de la justicia; pero que ellas sabrian, abultando, exagerar como mi única ocu-

pacion, olvidándome por ella de las más arduas obligaciones, para desacreditarme de este modo ante el público y la razon.

Verdad es que casi todas mis poesias fueron obra de mis primeros años ó del tiempo en que regenté en Salamanca la cátedra de prima de humanidades; que las pocas trabajadas despues lo han sido precisamente en aquellos momentos que la mayor delicadeza da sin escrúpulo al ocio ó al recreo. Mas ¿qué importan estas reflexiones á la calumnia para morder y denigrar? Nada ciertamente; y aunque con dolor, me ha enseñado la experiencia propia que al que hizo una vez blanco de sus crueles tiros nada sabe disimularle. El retiro, el esparcimiento, el estudio, su interrupcion, la vida negociosa, la que no lo es, todo le viene igual para ejercitar su venenosa lengua y destruir al infeliz objeto de su ódio; nada le importan ni la verdad, ni la mentira, ni la inocencia, ni el delito, como pueda llegar á sus fines criminales.

Estas tristes cuanto verdaderas reflexiones me han apartado muchas veces de cumplir mi antigua oferta y emprender la presente impresion; áun empezada ya, la han tenido en la prensa olvidada más de una vez, volviéndome á ella, para de nuevo abandonarla. Pero al cabo he tenido en ménos arrostrarlas todas, y oponerles una frente inocente y serena, que negarme por más tiempo á los ruegos de algunos buenos amigos, al deseo de otros, y á la utilidad que acaso podrán hallar los amantes del buen gusto en la edicion completa de mis obras que ahora les presento.

Hame tambien movido á ello el enfado de ver reimpresso mi primer tomo tres ó cuatro veces sin noticia mia, vendiéndose públicamente en casa de los herederos de don Joaquin Ibarra. El buen nombre de este famoso impresor, y su escrupulosa probidad, no eran acreedores á esta supercheria; para castigarla, inutilizando cuantos ejemplares tenga el que la hizo, he variado todo este tomo, aumentándolo casi una tercera parte, quitando y corrigiendo cuanto me ha parecido, y mejorándolo así notablemente.

Digan, pues, lo que quieran mis émulos, ó más bien los enemigos de las letras y el buen gusto, un magistrado aparece en el público imprimiendo sus versos, y osa declararse sin empacho autor de todos ellos, de los agradables, de los serios, de los amorosos, de los filosóficos y morales, oponiendo á la murmuracion y á la ignorancia estos mismos versos para vindicarse y defenderse, acompañados de la presente ilustracion y de los grandes nombres de Ciceron, de Plinio, Petrarca, Bembo, Querini, Addison, Fenelon, Polignac, D'Aguesseau, Arias Montano, Luis de Leon, Rebollo, Alfonso el Sabio, Urbano VIII, Federico de Prusia, y cien otros que supieron amar y cultivar las Musas entre la más profunda sabiduria y los más arduos negocios.

Nuestra pereza, y qué sé yo si diga el haber querido dividir en partes aisladas el árbol de la sabiduria, cuyas ramas están enlazadas estrechamente, nos hacen mirar con malos ojos á los que se divagan un tanto de su profesion y sus estudios hácia cualesquiera otros. La antigüedad no lo juzgaba así; los grandes hombres que ella produjo supieron, para vergüenza nuestra, serlo todo, poetas, oradores, filósofos, políticos; en suma, literatos y hombres públicos; y si nosotros siguiésemos sus huellas, no aspirando á una profundidad las más veces inútil, lo seriamos tambien. Pero queremos desmenuzarlo todo, descender hasta las últimas consecuencias, devoramos para ello volúmenes en folio, y entorpecemos nuestra razon, que bien formada llegaria sin fatiga al punto donde anhelamos elevarla, y aplicada á otros objetos, hallaria en todos ellos mil auxilios, de que carece entre su estéril abundancia.

En mis poesias agradables he procurado imitar á la naturaleza y hermosearla, siguiendo las huellas de la docta antigüedad, donde vemos á cada paso tan bellas y acabadas imágenes. Esta es una ley, en las artes de imitacion, tan esencial como poco observada de nuestros poetas españoles, en donde al lado de una pintura, ó sublime ó graciosa, se suele hallar otra tan vulgar ó grosera, que le quita toda su belleza. Virgilio y Horacio no lo hicieron así, y si tal vez aquél es igual al grande Homero, lo es ciertamente por la delicadeza y cuidado en escoger y adornar sus imágenes.

En esta parte han sido mis guías el mismo Horacio, Ovidio, Tibulo, Propercio y el delicado Anacreonte. Formado con su leccion en mi niñez, y lleno de su espíritu y sus encantos, hallará el lector en mis composiciones seguidas con frecuencia sus brillantes huellas. ¡Ojalá pudiese yo comunicarle en mis versos el recreo y las delicias que he encontrado en los suyos! Mi alma, naturalmente tierna y amante de la soledad, los ha dejado no pocas veces casi con lágrimas, para convertirse donde la llamaba la dura obligacion.

En las poesías filosóficas y morales he cuidado de explicarme con nobleza, y de usar un lenguaje digno de los grandes asuntos que he tratado.

Las verdades sublimes de la moral y de la religion merecian otro ingenio y entusiasmo que el mio. Pero ¿qué corazón será insensible á ellas, ó no se inflamará con su fuego celestial? La bondad de Dios, su benéfica providencia, el orden y armonía del universo, la inmensa variedad de seres que lo pueblan y hermosean, nos llaman poderosamente á la contemplación y á estimar la dignidad de nuestro ser y el encanto celestial de la virtud. Así que, penetrado de estas grandes verdades, he procurado enunciarlas con toda la pompa del idioma, cuidando al mismo tiempo de hacerme entender y ser claro, y de huir de una ridícula hinchazon.

Ni tampoco he sido escrupuloso en usar de algunas voces y locuciones anticuadas, ya porque las he hallado más dulces, más sonoras ó más acomodadas para la belleza de mis versos, ya porque estoy persuadido de que contribuyen en gran manera á sostener la riqueza y noble majestad de nuestra lengua, adulterada malamente y afeada á cada paso con voces y frases de origen ilegítimo, que sin necesidad introducen en ella los que no la conocen. Copiosa, noble, clara, llena de dulzura y armonía, la haríamos igual á la griega y latina si trabajásemos en ella y nos esmerásemos en cultivarla.

Mas, poco acostumbrada hasta aquí á sujetarse á la filosofía ni á la concision de sus verdades, por rica y majestuosa que sea, se resiste á ello no pocas veces, y sólo probándolo se puede conocer la gran dificultad que causa haberla de aplicar á estos asuntos. Dése, pues, á mis composiciones el nombre de pruebas ó primeras tentativas, y sirvan de despertar nuestros buenos ingenios, para que con otro fuego, otros más nobles tonos, otra copia de doctrina, otras disposiciones, los abracen en toda su dignidad, poniendo nuestras musas al lado de las que inspiraron á Pope, Thomson, Young, Racine, Roucher, Saint-Lambert, Haller, Utx, Cramer y otros célebres modernos sus sublimes composiciones, donde la utilidad camina á par del deleite, y que son á un tiempo las delicias de los humanistas y filósofos.

Téngaseme á mí por un aficionado que señalo de lejos la senda que deben seguir un don Leandro Moratin, un don Nicasio Cienfuegos, un don Manuel Quintana y otros pocos jóvenes que serán la gloria de nuestro Parnaso y el encanto de toda la nacion. Amigo de los tres que he nombrado, y habiendo concurrido con mis avisos y exhortaciones á formar los dos últimos, no he podido resistirme al dulce placer de renovar aquí su memoria, sin disminuir por eso el mérito de otros que callo, ó sólo conozco por sus obr.s. Ciego apasionado de las letras y de cuantos las aman y cultivan, ni anhela mi corazón por injustas preferencias, ni conoce la funesta envidia, ni jamas le halló cerrado ningun joven que ha querido buscarme ó consultarme. La república de las letras debe serlo de hermanos; en su extension inmensa todos pueden enriquecerse, y si sus miembros conocen un dia lo que verdaderamente les conviene, íntimamente unidos en trabajos y voluntades, adelantarán más en sus nobles empresas, y lograrán de todos el aprecio y el influjo que deben darles su instruccion y sus luces.

La Providencia me ha traído á una carrera negociosa y de continua accion, que me impide, si no hace imposible, consagrarme ya á los estudios que fueron un tiempo mis delicias. Cuando la obligacion habla, todo debe callar, inclinaciones, gustos, hasta el mismo entusiasmo de la gloria; pero si mis bosquejos, mi ejemplo, mis exhortaciones logran poner á otros en su difícil senda, y llevarlos hasta la cumbre de su templo, satisfecho y envanecido, complaciéndome en sus laureles cual si fuesen míos, repetiré entre mí mismo con la más pura alegría: «Yo concurrí á formarlos y mi patria me los debe en parte.»

Gozoso entre tan faustas esperanzas, me contento desde ahora con el nombre de amante de las buenas letras y las Musas, y este nombre no puede con justicia negármelo, porque ellas y las artes han hecho mi embeleso desde que sé pensar, y serán mi consuelo hasta en la última vejez.

Y ¿quién será insensible al lisonjero encanto de las buenas letras y las artes? ¿Es acaso su honesto recreo inútil, ó incompatible con la gravedad de otras tareas? Ellas forman el gusto, suavizan las costumbres, hacen deliciosa la vida, más agradable la amistad, perfeccionan la sociedad, estrechan sus vínculos entre los hombres, y los alivian y entretienen en sus ocupaciones y cuidados.

Nadie puede trabajar sin alguna distraccion, y ésta es una ley comun de la naturaleza para todos los vivientes. La tierra misma reposa despues de enriquecer al labrador que la cultiva, y

se siente rendida y apurada cuando se la obliga á producir continuamente. El hombre no está libre de esta ley general, á pesar de su orgullo, y sus facultades acabarían bien presto si no alternase entre la fátiga y el descanso. Y ¿qué descanso más útil y agradable que el comercio con las Musas, cuyas halagüeñas ficciones saben cubrir de rosas las espinas y hacernos gustar lo amargo del precepto entre la ilusion de la armonía?

Sin pensarlo acabo de hacer la defensa de las buenas letras contra algunos que las miran con ceño y juzgan incompatible su aficion con los deberes de otras profesiones; gentes necias ó mal intencionadas, que, faltas de gusto ó de talento, murmuran de lo que no entienden, y quieren más seguir en su ignorancia que aplaudir en los otros las cualidades de que carecen.

Mas, volviendo á mis versos, he cuidado en todos ellos de corregirlos y elevarlos á aquel grado de perfeccion que me ha sido posible. He suprimido cuantos me han parecido indignos de la prensa, y cualquiera que registre bien mi coleccion conocerá sin dificultad cuán fácil me habria sido aumentarla con otro tanto; pero no lo mucho; lo bueno y escogido merece sólo aprecio. Confieso, sin embargo, que no todas las piezas tienen la misma lima, y que áun debieran haberse suprimido muchas más; en algunas no he podido, al ir á desecharlas, resistir la tentacion de ser mis primeras producciones, y en otras la de haberse compuesto en ocasiones que han dejado en mí corazón impresiones muy profundas.

Pudiera haber acompañado los versos filosóficos de algunas notas; pero el que los lea suplirá fácilmente cuanto con ellas le comentara y explicara yo, además del gusto que se siente en representarse cualquiera por sí mismo toda la cadena de ideas que abrazaba el autor cuando escribía. No todo se ha de decir, y el quererlo decir todo es el medio más seguro de fastidiar.

Habiendo, por último, crecido más la coleccion de lo que me propuse al empezarla, y no siendo ya justo detener por más tiempo su publicacion, despues de tres años que está debajo de la prensa, reservo para en adelante la edicion de otras composiciones, que, sin comprometerme ahora, como lo hice en mi primera impresion, daré, sin embargo, á luz si la suerte de las presentes fuese cual me prometo, y me hace esperar el ahinco con que parece que se desean.

PRÓLOGO DEL AUTOR, ESCRITO EN NIMES.

Parece que la suerte se ha declarado siempre contra la edicion de estas mis poesías, queriéndome acaso apartar así de la tentacion de publicarlas. Detenida en prensa muchos meses la primera impresion, por haberse el manuscrito extraviado, y apuradas, á poco de su anuncio, las dos que se hicieron en Valladolid á un mismo tiempo el año de 1797; tratándose ya de otra tercera, tuve que dejar la corte precipitadamente y vivir retirado muchos años, sin que en ellos fuese posible emprender este trabajo tan agradable como útil, ni la prudencia y mi seguridad me impusiesen otra ley que la del silencio y el olvido, por si á su sombra lograba desarmar á la calumnia y el poder ensangrentado en mi daño.

Cuando cesó este estado, y yo y todos los buenos divisábamos la aurora de otro más feliz para la nacion y las letras en el reinado del señor Fernando VII, arrancándole de entre nosotros la más negra perfidia, nos arrojó en el mar turbulento de una revolucion, toda sangre y horrores, en que se abismaban la patria, las fortunas, las vidas de sus hijos; y yo mismo, á pesar de mis principios y deseos, mi plan ignorado de vida y mis resoluciones, me vi arrastrado y envuelto entre sus olas en el punto de perecer en la borrasca. La necesidad imperiosa y el derecho sagrado de la conservacion me han detenido en ella hasta su fin; pero en todos sus trances, ya entre el horror y peligrosa calma que un victorioso ejército á todos imponía, ó corriendo las penas y zozobras de una emigracion de casi tres años, mi corazón y mis anhelos ni han sido ni podrán ser otros que los del español más honrado, más fiel y más amante de su patria y sus reyes. En luces, instruccion y todo lo demás cederé sin dificultad el lugar á cualquiera; pero en estas virtudes jamas consentiré que otro se me anteponga, porque las he mamado con la leche, las consagró mi educacion, las he fortificado con mi reflexion y mis estudios, y hacen y harán constantes la parte más preciosa de mi triste existencia, y el solo patrimonio que me resta despues de treinta y cinco años de servicios á mi nacion, y el celo más ardiente por su felicidad.

Por fortuna, en esta emigración, en que jamás pensé que pisaría otro suelo que el español, a pesar de mis inmensas pérdidas, traje conmigo, sin saberlo, los borradores de las más de las poesías con que va aumentada esta nueva edición, y que el ocio y la necesidad de distraerme, y hacer así más llevaderos mi suerte y mis quebrantos, me han hecho corregir para darlas al público ménos imperfectas que al principio lo estaban. Pero (dígoles con dolor) tan deshecha y horrible tempestad, después de haberme aniquilado con el robo y la llama cuanto tenía, y la biblioteca más escogida y vária que vi hasta ahora en ningún particular, en cuya formación había gastado gran parte de mi patrimonio y toda mi vida literaria, también acabó con las copias en limpio de mis mejores poesías en el género sublime y filosófico, un poema didáctico, *El Magistrado*, una traducción muy adelantada de la *Eneida*, y otros trabajos en prosa sobre la legislación, la economía civil, las leyes criminales, cárceles, mendigues y casas de misericordia, que trataba de imprimir, y me hubieran sido de más honor, y al público de más provecho, que los versos y encantos de esta colección. Los frutos de diez y más años de aplicación constante en mi retiro, de vigiliias continuas, y la meditación más grave y detenida, todo desapareció y ha perecido para siempre, sin la esperanza aún más remota de poderlo ni descubrir ni recobrar. Mis libros, mis reflexiones y trabajos me han enseñado a llevar mis desgracias con un ánimo igual, sin abatirme ni desmayar en ellas, y si la lectura y el estudio no me pagasen hoy con este dulce premio, en nada ciertamente hubieran contribuido a mi felicidad y a mi aprovechamiento.

De los versos publicados antes, he suprimido algunos, haciendo en los demas várias enmiendas, cual me ha parecido para mejorarlos. A veces son éstas tan ligeras, que se cifran todas en la mudanza de una palabra, un giro, un consonante u otra cosa tal para huir de algun defecto leve de estilo ó locución; á veces son aumentos y mudanzas de estrofas en las composiciones, ó vueltas y correcciones de más bulto, que, en mi entender, les dan más alma y nueva perfección. En todas he usado de la libertad de dueño de mis versos; mis lectores, si quieren cotejarlos, juzgarán si se han hecho con gusto y con acierto.

Los ahora añadidos, casi otros tantos como los antes publicados, van escogidos y castigados con la lima que me ha sido posible. Son de todos los géneros, desde la letrilla delicada y alegre hasta lo sublime de la oda y lo grave y severo de la epístola, porque en todos ellos me ha parecido hallar en mis borradores composiciones de algun precio, no indignas de la luz. Me hubiera sido fácil aumentar muchas más y hacer la colección más abultada, pero aún las publicadas son ya en demasía, y si de todas ellas, con lisonja del amor propio, pudiese yo esperar que sobrevivan célebres, y queden al Parnaso pocos centenares de versos, me tendré desde ahora por muy afortunado.

He cuidado de los romances, género de poesía todo nuestro, en que, siendo tan ricos y sonando tan gratos al oído español, apenas entre mil hallaríamos alguno corriente y sin lunares feos. ¿Por qué no darle á esta composición los mismos tonos y riqueza que á las de verso endecasílabo? ¿Por qué no aplicarla á todos los asuntos, aún los de más aliento y osadía? ¿Por qué no castigarla con esmero y hacer lucir en ella todas las galas y pompa de la lengua? Yo lo he intentado, no sé si con acierto; pero el camino es tan hermoso como vário y florido, y si los ingenios de mi patria lo quieren frecuentar y se convierten con ardor hácia este género, nuestro romance competirá algun día con lo más elevado de la oda, más dulce y florido del idilio y de la anacreóntica, más severo y acre de la sátira, y acaso más grandioso y rotundo de la epopeya.

Tal vez se notará que en mis versos hablo mucho de mí: compuestos los más como distracción de mis tareas, ó hijos de mis desgracias y mis penas para aliviarme en ellas de mis justos dolores, no es mucho que los pinte y acaso los pondere. He bebido mucho, sin merecerlo, en la amarga copa del dolor; mis años de sazón y de frutos, de utilidad y gloria, los sepultó la envidia en un retiro oscuro y una jubilación; me he visto calumniado, perseguido, desterrado, confinado y aún crudamente preso en el abatimiento y la pobreza, en lugar de los premios á que mis méritos literarios, mi celo y mis servicios me debieran llevar, y por todo ello no debe ser extraño que sienta y que me queje. Los que han tenido la dicha de encontrar siempre con caminos llanos y floridos, pueden haberlos frecuentado sin fatiga y con júbilo: yo, desde que dejé la quietud de mi cátedra y mi universidad, no he hallado por doquiera sino cuevas, precipicios y abismos, en que me he visto ciego y despeñado.

Ingrato sería si no me mostrase sensible á la buena acogida y los elogios que así de nacionales como extranjeros han seguido teniendo las últimas ediciones de mis versos. Sin haber yo dado

un paso para solicitarlo, se han celebrado con entusiasmo por los literatos españoles de mejor nota. Entre ellos, y recientemente, don Javier de Búrgos, que hace hablar al culto y delicado Horacio en metro castellano con tanta elegancia, y acaso más espíritu, que él cantaba en latin; don Alberto Lista, sevillano, en quien veo renacida la musa del divino Herrera, y el ingenioso García Suelto, que tan bien hermana la cítara de Apolo con la vara y profundos misterios de Esculapio; y todos tres me honran con llamarme su amigo y su maestro; me han dirigido en este mi destierro tres composiciones, que ellas solas bastarán á endulzarme sus horrores y á satisfacer la vanidad, si yo no viese bien mi medianía, ó ellas no fuesen hijas del entusiasmo y el cariño. ¡Con cuánto gusto las copiara yo aquí por sus bellezas, si la modestia no me lo estorbase!

Los papeles públicos extranjeros y las personas de mejor gusto han hablado en su tiempo con no menor aprecio. Los ex-jesuitas Andres, Masdeu y Arteaga; la *Década filosófica*, cuando se publicó la edición de Valladolid; el *Mercurio extranjero* (1); monsieur Simonde de Sismondi, en su obra *De la literatura del Mediodía de la Europa* (2); pero, sobre todo, el sabio y erudito alemán Mr. Bouterweck, profesor de Gotinga, en su *Historia de la poesía y la elocuencia después del siglo xiii* (3), dicen de mí lo que yo no merezco y me avergonzaria de referir. También se han traducido muchas composiciones en inglés, italiano y francés; aún se ha llegado en esta lengua á escribir una noticia de mi vida, tan inexacta como lisonjera, y se han impreso en París mis *Obras escogidas*, por los años de 1800, y en Parma, en 1812, segun que entónces se me notició y vi anunciado en un periódico de Milan, que hoy no tengo á la mano.

Todo esto me ha puesto en la grata precisión de no admitir en mi nueva edición composición alguna que á mi parecer no lo merezca, corrigiéndolas todas más y más; porque el modo mejor de responder, así á los elogios como á las críticas, es el de esmerarse en los trabajos, fijos siempre los ojos en la posteridad, que nada disimula.

No, empero, quiero decir con esto que todas las composiciones son iguales, como ni en Virgilio lo son todas las églogas ó todos los libros de su divina *Eneida*, ni lo son las odas del ameno y escogido Horacio, ni lo es nada de cuanto los hombres ejecutan. Tiene cada cosa su mérito adecuado y su belleza, de los cuales nunca es dado pasar, y el autor que los conoce y los alcanza arribó al punto de la perfección. Yo no hice más, porque mis fuerzas no han llegado á más, y ya helaron los años mi genio y mi entusiasmo; amante de las musas españolas, he procurado ataviarlas acaso con más gusto y aliño que las hallé vestidas, y hacerlas hablar el lenguaje sublime de la moral y la filosofía; pero (lo vuelvo á repetir) nunca he pasado de un simple aficionado, llamado y ocupado siempre en cosas de más monta. Mi ardiente afición al habla castellana, y la alta idea que de sus bellezas y número tengo formada, me hicieron trabajar muchas veces con un ardor y un estro que sin ellas nunca hubiera tenido; mas desde mis bosquejos á cuadros acabados, de lo que suena ahora á lo que puede y debe resonar un día, ¡qué inmensa distancia no alcanzan á ver el gusto y la razón!

Juventud española, amante de tu patria y de las letras: á tí queda correr esta distancia y dar á nuestra lengua y poesía el brillo y majestad de que tan dignas son y están demandando de justicia. Ahí tienes un Pelayo, un Colón ó la conquista de Granada para la musa épica; argumento el primero en que pensé algun día, embebecido por su interés y su grandeza, de que me retrajeron mis desgracias, y en que lloraré siempre no haberme ejercitado; ahí tienes en la historia cien hechos nacionales insignes y terribles para la tragedia, y nuestras extravagancias y ridículos para la festiva Talía, con las voces más dulces, más llenas y sonoras para el canto y la ópera; cosas todas en que estamos tan faltos cuanto debiéramos ser ricos, y competir, si no vencer, lo más culto de Europa. Trabaja, pues, por tu gloria y la gloria nacional, que correrán á par, y déjame á mí la pequeña, pero dulce y tranquila, de haber empezado casi sin guía, haber ido adelante entre contradicciones y calumnias, y haber comprado, al fin, con mi reposo y mi

(1) *Mercurio extranjero, ou Annales de la littérature étrangère*, par messieurs Langles, Ginguené, Amanry, Duval, etc., número 10, año 1813, páginas 203 á 213.

(2) Cap. xxxv, vol. iv, París, 1813. 4 vol. 8.º

(3) Göttingue, 1804, traducida al francés la par-

te de la literatura española, con el título de *Histoire de la littérature espagnole, traduite de l'allemand de Mr. Bouterweck, professeur à l'université de Göttingue*. Paris, 1812, 2 vol. 8.º, vol. II, páginas 241 á 244.

fortuna el placer inocente de querer en la mia renovar los sonos de las lirás que pulsaron un tiempo tan delicadamente Garcilaso y Herrera, Villegas y Leon.

Pero si en estos sonos encuentran, por dicha, mis lectores una pequeña parte de los alivios, la calma y el recreo que al repetirlos he probado yo; si les inspiran los gustos sencillos é inocentes del campo, la tranquilidad, la medianía; si los alejan de la ambicion funesta y la codicia, les hacen gratos su estado y sus hogares, y encienden en sus pechos el sagrado entusiasmo de admiracion á la naturaleza y amor á la patria y á la virtud; si imprimen en los jóvenes los sentimientos del buen gusto, las semillas del decir urbano, la agradable magia de la lengua y la dulce aficion á nuestras musas, inflamando además con sus cuadros y campestres escenas la imaginacion de los artistas para que nos repitan sus pinceles el siglo y los milagros de los Velázquez, Canos, Juanes y Murillos, mis esperanzas quedarán satisfechas, mi amor á mi nacion recompensado, y mis trabajos ya no lo serán.

Pudiera esta coleccion haberse impreso y publicado en Francia, y haberme sido entre sus literatos y los aficionados á nuestra frase y nuestras musas, que hoy no son pocos, de nombre y de interes; alguno me lo propuso y alguno lo aconsejó; pero español por mis principios y todos mis deseos, he querido que mi patria tenga la primera, como un humilde feudo de mi amor, los últimos frutos, sazonados ó ingratos, de la musa de un hijo, que, ofreciéndole fino cuanto ha podido darle, de buen grado ansiára celebrarla con títulos y timbres más ilustres; pero que, envanecido con sus glorias, ni pensó jamas ni hizo otra cosa que creyese menguarlas, ó manchar su nombre esclarecido.

Nîmes, en Francia, 16 de Octubre de 1815.

Por ser interesante para la historia literaria conocer la senda por donde caminaron, al dar los primeros pasos en su gloriosa carrera, los ingenios esclarecidos, publicamos en la presente coleccion algunas poesias inéditas de MELENDEZ, ensayos juveniles de escaso valer. Los más de ellos nos fueron comunicados por nuestro malogrado amigo don Eustaquio Fernandez de Navarrete, quien los encontró en la villa de Ábalos, entre los papeles de su ilustre abuelo don Martin.

Dos sólo de estas poesias no publicamos, á saber: una oda anacreóntica titulada *El Tocado*, que empieza así:

Sentada ante el espejo,
Ornaba Galatea
De sus blondos cabellos
Las delicadas hebras.....;

y una oda de *La Paloma de Filis*.

Dejóse llevar MELENDEZ con exceso del espíritu de la poesia erótica griega, que tomaba por modelo, y él mismo renunció sin duda á publicar estas composiciones, aunque escritas con gala y lozania, por parecerle contrarias á la decencia que debe reinar en las letras de las sociedades cristianas.

Creemos oportuno reproducir en este lugar las siguientes observaciones, con las cuales nos envió el señor Fernandez de Navarrete varias poesias inéditas de MELENDEZ:

Remito á V. (escribia Navarrete al Colector de estas poesias) unos cuantos de los primeros ensayos de MELENDEZ, que, como V. verá, por lo mismo que están desprovistos de mérito literario, son curiosos. Parece imposible que quien en 1776, á la edad ya de veintidos años, escribia tan mal, careciendo de elocucion, de estilo y hasta de ideas, cuatro años despues compusiese la égloga *Batilo*, premiada por la Academia, y pudiese nunca arribar á hacer una oda como la de *Las Artes*. Así MELENDEZ es una prueba palpable de que no debe el escritor esperar todo de la naturaleza, sino que pueden mucho el arte y la aplicacion... Las varias composiciones que dirigió á Jovellanos mientras éste permaneció en Sevilla muestran el cariño reverencial que MELENDEZ le profesaba, y si no honran su talento poético, que áun permanecia como en embrión, hacen honor á su alma... Verá V. que de sus otras composiciones, el idilio *A la Amistad* es pe-

sado. *El Tocado* debió desecharlo por lúbrico, y que las otras dos oditas, al estilo de fray Luis de Leon, son agradables.

Ahora voy á explicar á V. cómo paran en mi poder las obras inéditas de MELENDEZ, cuya copia le remito. Mi abuelo don Martin era íntimo amigo de Jovellanos, no sólo por compañero de academias, sino porque, de guardia-marina, habia estado embarcado á las órdenes de un hermano de este último (Francisco de Paula). Copió algunas de entre sus papeles, valiéndose de su intimidad. Despues, cuando, en 1820, el Rey quiso honrar la memoria de MELENDEZ, haciendo una edicion de sus poesias, se fió este cuidado á don Martin, encargándole escribiese la Vida del poeta. Entónces tuvo en su poder otra multitud de papeles que para el objeto le entregó la viuda. Pero es lástima que, sin copiar casi ninguno, se los devolvió religiosamente. En una nota que conservó de los papeles devueltos se lee: *Varias anacreónticas, unas publicadas y otras no.—Un cuaderno de los romances dirigidos al señor Jovellanos.—Correspondencia con este señor.* Al cabo, despues de haber examinado los papeles, y formado un bosquejo para extender la Vida, no llegó á escribirla por venirse á Rioja al parto de su nuera; cuando nació el que escribe á V. estas líneas, y dejó la comision á Quintana, de quien es la Vida que va al frente de la linda edicion que se hizo entónces, en cuatro tomos, en la Imprenta Real.

Acerca de las correcciones infinitas que MELENDEZ hizo en sus obras, véase lo que decimos en la nota puesta al pié de la oda titulada *Los dias de Filis*.

POESÍAS.

A MIS LECTORES.

No con mi blanda lira
Serán en ayes tristes
Lloradas las fortunas
De reyes infelices;
Ni el grito del soldado,
Feroz en crudas lides;
O el trueno con que arroja
La bala el bronce horrible.
Yo tiemblo y me estremezco;
Que el nûmen no permite
Al labio temeroso
Canciones tan sublimes.
Muchacho soy, y quiero
Decir más apacibles
Querellas, y gozarme
Con danzas y convites.
En ellos coronado
De rosas y alhelies,
Entre risas y versos
Menudeo los brîndis.
En coros las muchachas
Se juntan por oírme,
Y al punto más cantares
Con nuevo ardor repiten;
Pues Baco y el de Venus
Me dieron que felice
Celebre en dulces himnos
Sus glorias y festines.

ODAS ANACREÓNTICAS.

Et juvenis curas et libera vena.
HORAT.

ODA PRIMERA.

DE MIS CANTARES.

Tras una mariposa,
Cual zagalejo simple,
Corriendo por el valle,
La senda á perder vine,

Recostéme cansado,
Y un sueño tan felice
Me asaltó, que áun gozoso
Mi labio lo repite.
Cual otros dos zagales
De belleza increíble,
Baco y Amor se llegan
A mí con paso libre;
Amor un dulce tiro,
Riendo, me despide,
Y entrambas sienes Baco
De pámpanos me ciñe.
Besáronme en la boca
Despues; y así apacibles,
Con voz muy más suave
Que el céfiro, me dicen:
«Tú de las roncadas armas
Ni oiras el són terrible,
Ni en mal seguro leño
Bramar las crudas sirtes.
»La paz y los amores
Te harán, Batilo, insigne;
Y de Cupido y Baco
Serás el blando cisne.»

ODA II.

EL AMOR MARIPOSA.

Viendo el Amor un dia
Que mil lindas zagalas
Huian dél, medrosas
Por mirarle con armas,
Dicen que, de picado,
Les juró la venganza,
Y una burla les hizo,
Como suya, extremada.
Tornóse en mariposa,
Los bracitos en alas,
Y los piés ternezuelos
En patitas doradas.
¡Oh! ¡qué bien que parece!
¡Oh! ¡qué suelto que vaga,
Y ante el sol hace alarde
De su púrpura y nâcar!
Ya en el valle se pierde,

Ya en una flor se pára,
Ya otra besa festivo,
Y otra ronda y halaga.
Las zagalas, al verle,
Por sus vuelos y gracia
Mariposa le juzgan,
Y en seguirle no tardan.
Una á cogerle llega,
Y él la burla y se escapa;
Otra en pos va corriendo,
Y otra simple le llama;
Despertando el bullicio
De tan loca algazara
En sus pechos meantos
La ternura más grata.
Ya que juntas las mira
Dando alegres risadas
Sûbito Amor se muestra,
Y á todas las abraza.
Mas las alas ligeras
En los hombros por gala
Se guardó el fermentido,
Y así á todos alcanza.
Tambien de mariposa
Le quedó la inconstancia:
Llega, hiere, y de un pecho
A herir otro se pasa.

ODA III.

Á UNA FUENTE.

¡Oh! ¡cómo en tus cristales,
Fuentecilla risueña,
Mi espíritu se goza,
Mis ojos se embelusan!
Tú de corriente pura,
Tú de inexhausta vena,
Trasparente te lanzas
De entre esa ruda peña,
Do á tus linfas fugaces
Salida hallando estrecha,
Murmullante te afanas
En romper sus cadenas;
Y bullendo y saltando,
Las menudas arenas